

humana, no ofrecen mas que *ejemplos de disparates*, son sus expresiones); pero toda aquella doctrina sensata y obvia no alcanza á consumir el desempeño del arte, y á encaminar sus profesores á la perfeccion ideal.

Aun bajo este concepto de superficialidad, tampoco aparece muy atinada la crítica de Cervantes, pues celebra y propone por norma comedias que registradas ansiosamente á impulsos de un voto tan plausible, resultan luego tan inmorales, tan monstruosas y tan fútiles, como todas las de Lope y secuaces.

Volviendo á la especie capital espresada arriba, insisto en la necesidad imprescindible de motivar todos los movimientos y arranques de los personajes, eslabonando estrechísimamente las escenas, para formar un todo como compacto é indisoluble; parte esencialísima, de que no hay el menor asomo, ni en la Poética de Aristóteles, ni en cuanto nos queda de los antiguos, y prenda absolutamente desconocida, hasta que la practicaron los dramáticos franceses, y la realzó hasta lo sumo el *arqui-trágico*, el incomparable Alfieri.

Como quiera, Cervantes, desconociéndose á sí mismo, é ignorando el caudal de chistes, constitutivos de la verdadera comedia, que atesoraba en su interior, se descarrió y zozobró como todos, pues aunque se representaron mas de veinte adesios suyos con aceptación, quedaron anegados en el piélago de Lope, cuyo *monstruo*, segun su espresion pintoresca, como todas las cervantinas, se alzó por largos años con la monarquía cómica, para luego cederla en gran parte á los extravíos de Calderon, de Montalvan y de otros infinitos.

Compuso en Sevilla el soneto burlesco, de que tan jactanciosamente blasona en otros escritos, sin hacerse cargo de que una insustancialidad jacarera y gitanesca, aun cuando fuese parto mas considerable, ni el menor quilate de realce podia dar á ningun ingenio.

Esplayóse luego en otra composicion mas dilatada con el título de *Viage al Parnaso*, con la *Adjunta* por via de Apéndice ó *Rodrigon*, y volcando á cada paso en uno y en otro su pebete, ó repuesto de incienso, allá hierven á porfía los dictados de *escelente*, *peregrino*, *sin segundo*, etc.; y como por otra parte no funda ó motiva sus dic-

támenes, no cabe graduar, ó diferenciar, el aprecio ó el demérito que compete á cada cual, quedando todos como á nivel, y por supuesto dándose soñadamente la mano en la cumbre de la gerarquía poética.

Lo peor es que estas generalidades van espresadas en renglones tan prosaicos y tan enrevesados por los apellidos que se les atraviesan, que con despojarlos de su escasa medida y embeber los consonantes en la lectura, aun sin variar la frase ni las espresiones, desaparece el tenue viso de versos que puede darles la desigualdad de sus dimensiones.

Publicó luego sus Novelas, bajo el dictado de *ejemplares*, pagado, por lo visto, de su acendrada moralidad. En cuanto á su mérito, es innegable que ofrecen caracteres descollantes, situaciones pintorescas y frecuentes alusiones á hechos positivos, con el viso de naturalidad que es consiguiente; pero tambien es certísimo, que Cervantes atinó poco á manejar los afectos, recargando descompasadamente los ímpetus de sus personajes, al modo que en las novelas pegadizas al Quijote, sale aquello de Sila cruel, Mario implacable, y otras citas, ó llamadas, harto intempestivas.

Ademas, ó nunca experimentó una pasión entrañable, ó no se paró á retratar los íntimos calofrios, los violentos vaivenes y los disparos frenéticos de un cariño estremado; y así es demostrable, que las Novelas ejemplares, faltas de aquel espíritu vividor y de la forma dramática que tanto realza de extremo á extremo el Quijote, desfallecen, y se leen solo por ser suyas; pues á no mediar su esclarecido nombre, yacerian años hace anegadas en el piélago novelesco que ha diluviado ya en Francia, ya en Alemania y ante todo en Inglaterra, donde Richardson, Fielding y el recién difunto Scott (infinitamente mejor poeta, que prosista) han cuajado por sí solos de fábulas difusísimas y chacharonas el orbe literario.

Hablemos ya de aquel Persiles tan escesivamente decantado entre nosotros, en cuya censura ingenua y desapasionada, como todas las nuestras, sentimos entrañablemente el tener que estrellarnos con sugetos íntimos y dotados sin disputa de suficiencia y discernimiento; pero la realidad es el ídolo de todo escritor pundonoroso, y nuestras proposiciones llevarán cuanta evidencia cabe en materia

de humanidades. En suma, el Persiles viene á ser en punto á novelas lo que en astronomía el absurdo sistema de Tolomeo, embolismo de embolismos, que mereció á nuestro ínclito D. Alfonso tan sumo y aun chistoso menosprecio.

Con efecto, la prenda de las prendas es el *despejo*; *prima virtus perspicuitas*, dice con su acostumbrado tino y propiedad el maestro de la literatura antigua, el español Quintiliano; y este preciosísimo é indispensable requisito no puede asomar donde prevalece su incompatible contraresto el *desentono*. El arranque *Voces daba el bárbaro Corsicurbo*, etc., es lo que llamamos en castellano una *gerundiada*, y con el mismo destempe y estravío disuena de extremo á extremo el lenguaje. Podrá tal vez ofrecer algun esmero, del que escasea á trechos el Quijote en el redondeo de las clausulas, en el mecanismo gramatical, pero la hinchazon es siempre idéntica y siempre insufrible, dándose estrechísimamente la mano con la fofa y ridícula oratoria que asomó por aquella época, y se disparó luego hasta la mas rematada estravagancia por el desvario del dogmatizador en su linea, el trinitario Hortensio Paravicino.

Viniendo á lo sustancial, la historia es absurda é inverosímil en los sucesos principales, y mucho mas en el conjunto ú agolpamiento monstruoso de todos ellos; los caractéres son absolutamente desencajados y estrambóticos, y á ningunas luces interesantes. En cuanto á la moralidad de que tanto se engreia el autor en punto á novelas, no sabemos dónde se cifra, ni en los episodios, ni en los lances ó el paradero de los héroes, lo *ejemplar* de este *aborto*. Seria muy fácil cuajar un tomo de citas, y demostrar la solidez de este fallo tan terminante como desapasionado; pero la obra está en manos de todos, y se hace muy obvio el comprobar plenamente nuestro dictámen.

Añadirémos, que los tudescos, y en particular Wieland, á quien por su fecundidad como prosista y poeta, han llamado algunos el Voltaire de la Alemania, apasionadísimo perpetuo de Cervantes, no cesa en sus alusiones al Quijote, y tal cual vez á las Novelas, pero jamas, que yo recuerde, hace mencion del Persiles, de suyo mas perceptible para un extrangero que nunca llega á señorear un idioma hasta el punto de comprender y paladear colmadamente los chistes característicos é inherentes á su índole ó caracter.

Despejado ya el campo, si no de la *maleza*, á lo menos del ramage incómodo que lo enmarañaba, vamos, segun la espresion vulgar, á arrojarnos *de bruces*, en el manantial de la sublime y acendrada jovialidad, empapándonos regaladamente en las peregrinas escelencias del sobrehumano Quijote.

En un lugar de la Mancha.... Con estas dos ó tres palabritas se alza el telon para representar la comedia mas original, mas chistosa, mas amena y mas trascendental; el parto mas descollante de la imaginacion humana. *De cuyo nombre no quiero acordarme*; queda ya aquí estampado para toda la obra, el carácter y temple del estilo entre familiar y culto, y siempre agraciado, con el donaire aquí de la alusion volandera, pero muy perceptible, á los padecimientos del historiador.

Darémos en adelante por supuesto la presencia del testo, pues sin esta confianza seria interminable su traslado. Advertirémos de paso que el *velarte* y el *vellori* son ya géneros desconocidos; pero estas variaciones accidentales de tejidos y artefactos que traen consigo el raudal de la moda y el estado de las fábricas y de los consumos, de ningun modo deben correr á cargo de los escritores, ni redundar en el mas leve menoscabo de su dignísimo aprecio. Por lo demas, estampa, trage, vivienda, alimento, inclinacion y ocupaciones del héroe; todo está presente en el realce, y por decirlo así en cuerpo y alma, y todo forma un cuadro sublime de Murillo ú de Velazquez. Pero ¿qué Velazquez, ni qué Murillos, ni qué centenares de artistas consumados, aun cuando fueran tan espeditos como el mismo Luca-fa-presto, Jordan, pudieran completar la inmensa galería de cuadros que suministran los objetos, lances y situaciones del Quijote? En el sinnúmero de ediciones que he registrado de Madrid, de Lóndres, de Paris, de Italia y de Alemania, siempre he visto variados los asuntos de sus láminas, y á buen seguro que estan todavía muy lejos de quedar apurados.

Apersonado el lector con su héroe, é internado en todo el por menor de su existencia, para nada le conduce el saber los miles de reales que le rendian sus fincas, cómputo variable, segun los siglos y las circunstancias, y cálculo propio de un logrero, como inseparable del espíritu mercantil; pero ageno de las obras de fantasia y

opuestísimo al efecto teatral y pintoresco de la descripción. En fin, vivienda, ama, sobrina, galgo, rocin, tizona, y hasta la ridícula, fútil y quebradiza celada, son objetos interesantísimos bajo el pincel de tan divino retratista.

Sale por fin el campeón entusiasta en busca de sus soñadas aventuras, y soliloquia en alta voz la figurada y brillante descripción que ha de hacer su historiador elocuentísimo, al referir el extremo venturoso de sus imponderables proezas. El ardor de la cánicula le caldea más y más el cerebro, pero desentiéndose de sus flechazos penetrantes, empapado todo en la sublimidad de su flamante y esclarecida profesión.

Llega á la venta, en su figuración castillo, donde el taimado ventero se aviene á todas sus estrambóticas humoradas; condecora á las ramerás, para él princesas, con el dictado de doñas; cena y bebe luego por medio de una caña, á trueque de no lastimar los cartones y el engrudo de su preciosa celada; vela afectuosa y caballerescamente las armas, y por una de las infinitas contraposiciones pintorescas y sublimes de la obra, llega el arriero á dar agua á su recua, ve aquella especie de broza que embaraza la pila, y arroja con menosprecio la armadura á largo trecho del pozo. Desde los primeros pasos, la ilusión está ya consumada, y todos los objetos y circunstancias se estampan, y viven para siempre en el ánimo de los leyentes.

Esta impresión tan tenaz, aun en la retentiva menos aventajada, me recuerda la observación que tengo hecha muy de antemano, á saber, que en las mesas principales de Madrid, constituye parte de la fina educación el arte de amenizar los mutuos agasajos, con alusiones delicadas á pasos y chistes del Quijote; primor exquisito, elegancia preciosa de exquisita cortesanía, absolutamente desconocida por las provincias.

Desprovisto de escudero y del avío necesario para sus ansiadas correrías, deja la encastillada venta, y absorto en los soñados atributos de su zafia aldeana, idolatrada bajo el nombre caballeresco de Dulcinea, queda luego maltrecho por los apaleadores mercaderes, le recoge un vecino, y repitiendo el romance de Valdovinos llega á su casa, y entre tanto que yace postrado, se aparecen dos nuevos

é interesantísimos personajes en la fábula, el Cura y el Barbero.

Entáblase con grandiosa solemnidad el originalísimo escrutinio de la librería; ya se presencia el despejo barberil en ir desalojando del estante y entregando los reos al tribunal catoniano que decreta al galope su irremisible suerte de hoguera ó de salvamento; ya se está viendo la forma y tamaño de los libros « ¿quién es ese tonel? » y cuando la empresa está en su mayor auge « adelante » esclama el cura con formalísima autoridad.

Sabido es, que los dictámenes de Cervantes, con especialidad en poesía, no son inapelables ó definitivos, pues su corazón magnánimo propendia escesivamente al favor y al entusiasmo, y así celebra las *Lágrimas de Angélica* que nada valen, nivela y casi sobrepone la Araucana á la Jerusalen, etc., etc.; pero el acto es de suyo tan cómico, las censuras tan chistosas, y la sentencia contra los libros caballerescos tan ajustada y equitativa, que en la Enciclopedia y en otros escritos, se ensalza este capítulo como uno de los mas primorosos é interesantes del Quijote.

Vamos ahora á encabezar la introducción de un nuevo y principalísimo personaje, con ciertas reflexiones que tal vez no parecerán intempestivas. El desempeño de la parte llamada de los caracteres merece sin duda uno de los primeros predicamentos en toda obra de ingenio. Por esta prenda logra para mí el Tasso encumbrarse sobre todos los épicos; por la misma están los ingleses tan locamente enamorados de su monstruosísimo Shakspeare; la propia entroniza principalmente Alfieri sobre los trágicos mas eminentes, y la misma es una de las excelencias mas relevantes de nuestra inmortal novela.

D. Quijote, en medio de tanto escarnio amarguísimo, y á pesar de sus *escesivos* padecimientos corporales, jamas se apoca ni se abate, ni mucho menos se envilece; antes bien sus rasgos incesantes de entereza heroica y de sencillez pundonorosa, causan cierta veneración, y escitan el cariño en los pechos sensibles; y este exquisito temple que acertó á dar á su héroe fantástico es una de las maestrías mas consumadas del gran Cervantes. Pero todavía se sobrepujo mas á sí mismo en el cabal retrato, en la viva presencia y en la suma perfección y propiedad del *doble* carácter de su escudero.

Sancho es á un mismo tiempo credulísimo y recelosisimo, y este viso ambiguo y descollante, perpetuamente contrapuesto, es una de las sublimidades mas eminentes de la historia, y en que hasta ahora no creo se hubiese hecho el debido alto. El taimado encantador y trasformador de la campesina tobosesca en Dulcinea y en princesa es él mismo, y luego á las primeras razones le persuade la Duquesa que Dulcinea está realmente encantada... pero no anticipemos primores que se atropellan por salirnos al encuentro, y riñen, segun la espresion siempre donosa y pintoresca de Sancho, por cuál se ha de parecer antes.

Pertrechado caballerescamente el héroe, y escoltado de su fiante y rechoncho escudero, sale nuevamente y ufanísimo á campaña, y se estrena con la aventura harto violenta é inverosímil de los molinos de viento, pues la dolencia de un maniático disparado hasta aquel punto, degeneraria en frenesí, resfriándose el interes y nubliándose la naturalidad que requiere una ficcion sensata y adecuada. Cervantes en este caso es como un artista que desacierta sus primeros ensayos, para luego sublimarse mas y mas en sus nuevos artefactos.

Viene luego la preciosa aventura de los monges, y en seguida la chistosísima del *colérico vizcaino*. El peleante, su ademan, el almohadon, su chapurrado, las damas despavoridas y rezadoras, todo resalta, y en todo y por todo se redoblan y se estreman las pinceladas de Velazquez, coronadas luego con el ramillete estravagante de la victoria, reducida, por ser aventura de encrucijada, á una oreja menos.

Sobreviene entremedias la suspension con aquello de los pergaminos ó cartapacios, del claustro de Toledo, y la nota estravagante de *la gran mano de Dulcinea para salar* etc., aprension cómica que luego han remedado mas ó menos, y siempre con poquisimo donaire, varios escritores, particularmente ingleses; y entre ellos, no una sino cansadisimas veces, el célebre Swift, en su decantado, y para mí en extremo empalagoso y aun intolerable, *Cuento del Tonel*.

Asoma la venta, castillo para el héroe, y ya desde las cercanías se acalora su entusiasmo. Luego en el interior ¡cuánto personaje

materialmente de bulto! ¡cuánto vivo retrato! ¡qué lances tan *venteriles* y tan pintorescamente agolpados y contrapuestos! en fin la ilusion se aparece tan cabal y casi palpable que viene á ser absolutamente teatral.

El ridículo melindre de la superficialidad ha llegado al extremo de apellidar *deshonesta* la escena de la zafia Maritornes; como si una feróstica, un mascarón, un espantajo, pudiera causar jamas sino asco y desvío. En fin, el candilazo del cuadrillero, el derrame de los cueros, el manteamiento, el bálsamo peregrino y caballeresco del Feo-Blas, como decia Sancho, con los ingredientes tan obvios y baladíes de sal, vinagre y aceite; todo hierve, todo se agita, todo habla en la pluma del escritor incomparable.

El raudal de la pomposa descripcion de los ejércitos de Alifanfaron y Pentapolin se estrella en la sublime contraposicion del yerto asombro de Sancho, que volviendo el rostro á diestro y siniestro, y desencajando con todo ahinco la vista, prorumpe al fin: « encomiendo al diablo, caballero ni escudero, ni veros azules y amarillos, partidos ni enteros que se aparecen, solo sí dos manadas, etc. »

El equivocarse á cierta distancia rebaños con ejércitos, sea por la polvareda ó por el viso de la luz, cabe anchamente en la esfera de la verosimilitud, y lo hizo efectivamente en el siglo pasado un mariscal frances, no tengo presente si Villeroy; pero el embestir y alancear las reses por soldados, ya viene á ponernos en el caso de la violencia y de la impropiedad que se notó con los molinos de viento..... mas desarruguemos el entrecejo de la crítica ceñuda, que suele resfriar el entusiasmo y apearnos del embeleso que derrama en el ánimo la ficcion arrebatada. Volviendo á la aventura, resultan pedradas ejecutivas para derribar los dientes que el campeón *solia tener*; pálpale Sancho las encías, sobreviene disparada y doble vomitona, acuden á las alforjas, se echan menos, desesperacion de entrambos; se habla de yerbas, alusiones al Dioscórides del doctor Laguna, etc.; siempre chistes, donaires y primores á borbotones.

La aventura de los batanes está desempeñada con toda la solemnidad y aparato correspondientes al pavor de los aventureros, y se termina funestamente para Sancho (cuya diablura intermedia era mas bien para omitida que para descrita) por su insolencia en ma-

chacar con la repetición de la pomposa arenga : « Yo nací por disposición de los cielos, etc. »

El lance del yelmo de Mambrino es uno de los mas hábilmente preparados de toda la obra, con el barbero sangrador de dos pueblos, la lluvia ligera, el sombrero *que debía de ser nuevo*, la bacilla encasquetada para resguardarlo, la ráfaga de sol con los relumbros de azófar, la escapada del medroso, las admiraciones de Sancho « riome de la gran cabeza que tendria el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero *pintiparada* : » espresion pintoresca, única para el paso en todo el idioma, y una de las que llamo *pincladas de Velazquez*, realizadas con los escrupulillos pundonorosos del héroe sobre cambio de jaeces, etc.

En el encuentro de los galeotes se palpa el embeleso, ú sea la mágia, de la descripción en un autor eminente. En el arsenal de Cartagena por el retiñido de las cadenas, soliamos sortear de lejos el roce y aun la vista de los viles presidiarios que Cervantes supo trasformar en objetos interesantísimos, y particularmente el Gines de Pasamonte, que luego reaparece de Maese Pedro, y tiene notable trascendencia en el contesto de la historia. Otro tanto sucede en la segunda parte con el salteador Roque Guinart, que lejos de causar asco ú horror como los susodichos de las galeras, abulta allá también con importancia entre los personajes que salen á la palestra.

Seria interminable el ir desentrañando y *aquilatando* las perfecciones que brotan á cada renglon, y por otra parte nos hallamos ya harto internados en el discurso de la obra para poder abarcar y desarrollar su conjunto. Uno de los que mas rematadamente deliraron sobre la materia, fué D. Vicente de los Rios en su titulado *Análisis del Quijote*. Maniático por Homero, como otros infinitos, en la Iliada se cifraban para él todos los géneros de escelencia accesibles al ingenio humano. La invención del total, la despedida de Héctor, el ceñidor de Venus, el cuadro de las plegarias, la propiedad y fluidez suma, el desempeño cabal en la parte descriptiva, por medio de una armonía siempre adecuada y pintoresca, en aquel idioma *pastoso*, enérgico y sin igual, son á la verdad prendas bien patentes y descollantes en Homero ; mas, como lo he dicho en otras partes, sus diosotes viles y soeces, sus héroes zafios y cocineros, sus símiles

de jumentos apaleados por la sementera, sus arengas fútiles y apelmazadas en medio de la refriega, etc., etc., son nulidades harto abultadas é innegables. Pero sean las perfecciones de la Iliada tantas y tan esclarecidas como se quiera ¿qué punto ni qué asomo de semejanza puede haber entre una obra formalísima, y en fin un poema épico, y un escrito satírico, burlesco, prosaico, esencial y privativamente castellano, y por consiguiente agénisimo de las costumbres griegas?

Por mi parte, coneeptuo á Homero incapaz de formar el encabezamiento de un capítulo del Quijote (por ejemplo aquel, « de como menudearon, etc. ») y considero igualmente á Cervantes inhábil para componer cuatro versos de la Iliada; y ¿se soñará por ventura que esta diferencia suma, ó mas bien diversidad tan diametralmente opuesta, ceda en menoscabo, ú arguya inferioridad por parte del ingenio español? ¡qué desvarío!

Viajando por los llanos de la Mancha, la primera consideracion que asalta á todo culto viandante, es contemplar figuradamente á los dos descarriados aventureros en busca de encuentros y de lances. Allí se tienden por lo mas, y se dilatan á diestro y siniestro campiñas solitarias, donde el objeto menos menguado y rastrero suele ser un tomillo; y la fantasía de un mortal pobló y hermosteó aquellos desiertos con situaciones, personajes y sucesos, todos naturalísimos, y de tanto bulto y con tan subidos matices, que se estampan indeleblemente en el ánimo.

Cervantes sí que fué un encantador efectivo y portentoso, y no los que perseguian á su héroe. Se dirá tal vez, que los libros caballerescos le suministraron la tela que luego su fantasía fué bordando y engalanando airosamente; pero en primer lugar es infundada esta suposicion, pues ni el vizcaino, ni el barbero del yelmo, ni los galeotes, etc., etc., estaban en los desvariados escritos; ni competidor alguno (estando el tema bien patente para todos) le antecedió, ni tampoco le siguió, sino el ridículo tordesillesco, de quien se hablará á su tiempo.

Homero desemboscó y coordinó las tradiciones mas ó menos fabulosas y poéticas que prevalecian en Grecia, y sobre el campo que tenia presente fué fabricando su galano y suntuoso edificio, ademas

de que en una composicion de carácter serio y elevado, en variando los objetos y retratándolos con ardor y propiedad, está desempeñado el intento; pero en una obra burlesca, hay que mudar incessantemente de temple, segun los personajes, salpicándolo todo de chistes agudos, nuevos y cultos, para reescitar é inflamar á cada paso el interes y el deleite. Dicen si el Ariosto, y aun si Apuleyo, le sugirieron el pensamiento general y las particularidades principales.... desatino, ceguedad. El Quijote no tiene, ni tendrá semejante; es único en su especie, y ni remotamente ni por sueño se parece al Orlando ú al Asno de oro, como se convencerá plenamente quien tome á su cargo el entablar este parangon, pues á cada paso irá palpando el desengaño de tan aventurado despropósito.

No será intempestivo aquí el nuevo encargo de tener presente mi desenfado genial, harto manifiesto en la censura de arriba sobre las demas obras de Cervantes, cuyo testimonio terminante de esmerada imparcialidad debe, al parecer, ponerme en salvo de toda tacha, y aun sombra, de arrebatado enamoramiento, ú de ceguedad y fanatismo; y tras este recuerdo, voy sin desvio á esplayarme en mi ideado panegírico. Afirmino, pues, sin rebozo ni rodeo, que en punto á combinacion adecuada y á disposicion artística, la trama del Quijote se aventaja y sobrepone en gran manera á cuantas fábulas poéticas y prosaicas, antiguas y modernas, en crecidísimo numero han llegado á mis manos. La demostracion palpable va á dejarme plenamente airoso en este importante y á mi entender facilísimo empeño.

Descórrrese el telon, como se dijo; aparécese el héroe en cuerpo y alma; regístrase por entero el interior de su morada y de su existencia, y se le está viendo idear, disponer y ejecutar su desvariada empresa. Palpa el vacío de un escudero y de otros requisitos, y regresa á su pueblo para acabalar su anhelado avio caballeresco. Yace malparado de su fracaso y acuden al socorro, aferrados en desimpresionarle de sus desbarros, dos personajes importantísimos por su trascendencia en la trabazon y contesto de la accion principal.

El Cura y el Barbero, reforzados luego por otro individuo mas fogoso y ejecutivo, vienen á formar, hablando á lo moderno, el

partido de la oposicion. Por el pronto lo desapropian y despojan de sus idolatrados volúmenes, causadores de tan lastimoso trastorno, y hasta le tapián y emparedan el aposento de su librería; pero el estrago era ya irremediable, y el maniático se dispara de nuevo, y sale á campaña, pertrechado de escudero, y de cuanto habia echado menos en su malogrado y doloroso estreno.

Despues de varios episodios é incidentes, mas ó menos enlazados con el asunto característico de la obra, los dos curanderos ó salvadores de su lunático, acuden solicitamente á la venta, lo enjaulan en la carreta de los bueyes, y en medio de su disparatada mogiganga y disparatados anuncios y profecias lo restituyen por fin á su casa, y le desarraigan al parecer su empedernida dolencia.

En el claro de este restablecimiento aparente, y de esta bonanza alevosa, se presenta, recién venido de Salamanca, el personage dominante y triunfador de la fábula, el bachiller Sanson Carrasco, pregonando la publicacion de las correrías quiijotescas, y botarateando de temporal. Con la glosa, alabanza y crítica de la historia, alborótase el campeon, inflámase de nuevo su entusiasmo, y sale por tercera vez á campaña.

Las aventuras, á pesar de su identidad al parecer inevitable, en lo material de un choque, ó de una lid reñidísima, estan, en sus arranques, trances y terminacion, variadas siempre con una fecundidad portentosa, agolpándose á veces en un solo capitulo á docenas, y todas ellas se encaminan al objeto capital de abochornar y desengañar al estraviado andante. Véase en particular la del muchacho Andres en presencia de gran comitiva, la descarga cerrada del fraile, y el escarnio de Sancho «sentaos, majagranzas» en la mesa del Duque, etc.; pero el desengañador de profesion, el escarmentador en jefe presumia ser, y lo fué por fin Carrasco. Con esta mira predilecta, con este plan constante, bajo el dictado de caballero del Bosque y enamorado allá de una Casildea de Vandalia, rebosando de ufanía y predominio, vuela en busca de su estraviado antagonista. Prepárase la catástrofe con el coloquio animado de los caballeros, y con el preludio de la provocacion de Tomé Cecial á Sancho, quien chistosa y absolutamente se desentiende de los talezos con guijarros, y de todo género de contienda.

Trábase la lid á los primeros albores de la madrugada, y por un incidente tan cómico é inesperado como todos los de la obra, queda vencido (y aun sin la vivísima diligencia del supuesto escudero muerto en el acto « no dices mal Sancho ») el provocador y jugueton Carrasco. El resultado del triunfo fué, como era de presumir, el rematar y aferrar mas y mas en su desvarío al incontrastable vencedor, y alucinar tambien sin limite á su atónito escudero.

Median un sinnúmero de aventuras, y entre ellas la asombrosa y discretísimamente dispuesta y terminada de los leones, donde Sancho al huir va sin cesar volviendo el rostro y vareando el rucio (siempre el pincel de Velazquez), con cuyo éxito felicísimo el héroe, mas ensoberbecido que nunca, se condecora sobre la marcha, y á ejemplo de otros caballeros, con un nuevo y retumbante dictado. Hállase en Barcelona engreído y entusiasmado sin término, con los agasajos y festejos de damas y señores, y en la cumbre de la gloria se le aparece el campeón de la Blanca-Luna, le reta, le vence, y queda el casi exánime andante, puesto á merced del triunfador, juramentado y comprometido á retirarse á su hogar, donde enferma principalmente de melancolia y de quebranto, duerme un tantillo y se despeja, reconoce su frenesí, se agrava y fallece.

Este es el bosquejo sucinto, esta la armazon incontrastable de la fábula mas consumada y perfecta que jamas ideó la humana fantasía. Pero ¡cuánta gala! ¡cuanta escelencia aguda, jocosa, moral y pintoresca, atescran sus imponderables pormenores! Se evidencia desde el principio la novedad descollante, la contraposicion sublime y la suma propiedad de los caractéres. Escusarémós repeticiones de suyo molestas, y mas cuando todavia nos resta campo dilatadísimo que guadañar.

Empezarémós por el artículo de los chistes, entablando su historia, porque así lo requiere el asunto, *ab ovo*, desde muy lejos, para luego venir á parar á una conclusion tan terminante como inesperada. Harémós otro tanto con el lenguaje prosaico, manifestando la castiza perfeccion del que reina en el Quijote; pasarémós á su acendrada y entrañable moralidad, y despues de calificar el mayor ó menor acierto en el enlace de los episodios, reconocerémós ingenuamente los varios lunares, ó sean defectos abultados que innega-

blemente desdoran á trechos el parto á todas luces mas portentoso , la obra maestra, la gala esplendorosa del ingenio humano.

Los fundadores de toda la literatura antigua y moderna, los atenienses, á pesar de su decantada *sal ática*, no ofrecen ejemplar alguno de culta y decorosa jovialidad. Su comediante Aristófanes no tiene mas que monstruosidades, chocarrerías, insultos é indecencias. De Menandro solo quedan fútiles fragmentos, y las traducciones *dobles* del, como ya se dijo, castizo y yerto Terencio, en todo el cual no se halla mas donaire que el siguiente, á saber : al presentarse un personaje de quien se esperaban noticias importantes, no se le oyen mas que dos ó tres palabras sentenciosas, y le dicen : « ¿con que tú solo traes aquí un platillo de moralidad? »

Luciano es el autor antiguo mas finamente chancero y travieso ; pero su jocosidad se cifra en contraposiciones joviales, en escarnios agudos de vulgaridades torpes y arraigadas, rasgos todos que á pesar de su innegable mérito, no llegan á ser lo que entendemos acá por *chistes*, cuya cualidad esencial y característica, poco definible, está siempre de manifiesto en el lenguaje de Sancho. Si venimos á los romanos, sabido es el fallo de Horacio acerca de Plauto, pues trata á su auditorio de escesivamente *sufrido*, por no decir *insensato* (*nimum patienter, ne dicam stulte*) y el mismo Horacio, tan galano y brillante en las odas, se hace intolerable, cuando quiere chancear con las brujerías criminales de su asquerosa Canidia, con el camorron soez de Rupilio y Rey, con el fútil viage á Brindis, etc.

El dechado de culta elegancia, el sumo orador y discretísimo corresponsal Ciceron, se adocena, se envilece y se anonada, en dándole la humoradilla, por fortuna no muy frecuente, de meterse á jugar; y aun entre sus *tópicos*, ó fuentes de elocuencia, particulariza, como muy recomendable, la ridiculez de mofar ó escarnecer los achaques ó defectos corporales. Apuleyo no hace mas que generalizar y recargar su mal ideado Asno, y Petronio anega su viva chispa y consumada elegancia, en una ciénaga, en un lodazar de torpezas. Vengamos ya á los modernos.

Erasmo, á quien apellido en mis Poesías francesas, el Voltaire del siglo XVI, manifiesta en sus coloquios travesura, gracejo y es-

quisita latinidad; pero sus agudezas no son mas que relámpagos que ningun parangon admiten con el tesoro de sales que colman el Quijote.

Shakspeare en sus misceláneas tragi-cómicas, salpicadas de runflas de versos y de párrafos prosaicos, idolatrado uno y otro de los ingleses, quiso tambien chancear, ó mas bien, bufonear; pero el gran poeta y prosista moderno Goldsmith se rie altamente de sus rancias y ahumadas jocosidades.

El Ariosto ideó una epopeya satírico-burlesca (torpe y suciamente remedada por el travieso y estragado Voltaire) en la cual, ya las situaciones cómicas, ya los arranques contrapuestos, con el realce de su poesía flúida y brillante, arrebatan la imaginacion; pero no atesora los chistes naturalísimos, los chispazos donosos y perpetuos de Sancho. Con efecto, ábrase á bulto el Quijote, y con tal de que hable el decidor escudero, se está seguro de tropezar con un raudal de graciosidades.

Estos donaires son el timbre y la gala del teatro frances, como se ve en aquello « ahora caigo en la cuenta de que llevo cuarenta años de estar haciendo prosa, y nunca á sabiendas » con las demas aprensiones del Plebeyo-Hidalgo, y otras varias del propio Moliere, como tambien en la comedia única de los Litigantes de Racine, donde las chanzas llegan á cansar por su profusion; en el Travieso de Gresset, etc.; pero el Quijote es anterior, y desde la publicacion de la primera parte, mereció grande aprecio y se generalizó inmediatamente en Francia, como lo acredita el licenciado Marquez-Torres en su aprobacion de la segunda parte; y asi todos se empaparon desde luego en el original de aquella fuente. Resulta pues con evidencia, que Cervantes merece el privativo dictado de Fundador del verdadero chiste, de Civilizador de la Europa en esta parte tan trascendental de la sociabilidad.

Insistimos tenaz y redobladamente sobre este punto, porque vivimos persuadidos á que un solo rasgo agudo y chistoso arguye mas chispa de ingenio que veinte pasos patéticos de oratoria y aun de poesía; y aquel timbre campea por escelencia en el divino Quijote. El Lazarillo, el Tacaño, el Gerundio y sus semejantes, no son en su cotejó, ni aun pigmeos junto al coloso.

Por tanto ninguno de esos enanillos ha merecido la adoracion rendida, el aferrado ahinco y los comentarios dilatados y escesivos que nuestro idolo. El Quijote requiere en el dia ciertas notillas brevísimas y, por decirlo asi, volanderas, que espliquen algunas espresiones, usanzas y particularidades ya generalmente desconocidas, como *duelos y quebrantos*, el *yelmo de Mambrino*, etc., pero todo este conjunto deberá abultar á lo sumo de seis á ocho páginas y no mas, pues el pararse á desmenuzar y desjugar por átomos la obra entera, no solo es infructuoso sino perjudicial para el intento de encarecerla. Con efecto, esos eruditísimos señores debieran hacerse cargo, de que el chispazo de la agudeza se amortigua y desvanece con los toques y retoques, y en una palabra, de que todo chiste glosado, por este mismo hecho deja ya de serlo.

Si venimos á los episodios ¡cuánto personage! un mundo entero acude á agruparse, como se dice modernamente, tras nuestros dos héroes; y si hay, á la verdad, como se ve en Cardenio, en el Cautivo, en el Curioso impertinente, etc., algun esceso, alguna inconexion, algun rebosamiento incómodo en tan estremada fecundidad, no es de estrañar que ciertas partes menos principales desdigan de la perfeccion en cuadro tan inmenso.

Vamos á tratar del language. Sabido es que en todas las naciones la poesía, aunque arte mas arduo y eminente, antecede siempre á la prosa; y asi en Grecia abundaban los poetas esclarecidos, cuando Herodoto arrebató los ánimos, cautivó el gentío en los juegos olímpicos, tras las nueve musas, ó sean libros de su historia.

En Roma descolló Lucrecio con los trozos descriptivos, dignos del mismo Virgilio, que embebió en su absurdo Poema epicúreo, y sin embargo Ciceron, posterior suyo, fué el gran maestro, ó mas bien et inventor, de la prosa perfecta.

Al renacer las letras, campeaban en Italia el Dante, el Petrarca, y luego el lozano Ariosto y el portentoso Tasso, y apenas habia asomado prosista alguno hasta el elegante Bocacio, y en seguida los eminentes historiadores Maquiavelo, Guicciardini, y despues Giannone, Denina, etc. Otro tanto sucedió en Inglaterra con Addison, en Francia con Pascal, en Alemania con Wieland, Shmidt, etc. En España Boscan, Garcilaso, Leon, Herrera y demas dieziseisenos,

seguramente no versificaban, con el despejo, tersura y perfeccion de Melendez, Arriaza, Tapia y Doña Vicenta Maturana, pero no obstante se sobreponian infinitamente á todos los prosistas contemporáneos. Nuestro exactísimo analista Zurita es insufrible por su diffusion, languidez y desaliño; y otro tanto sucede con Morales, Ocampo, Antonio de Herrera, etc. Mariana, que segun el célebre historiador ingles Gibbon, es en todo y por todo otro Tito-Livio en su historia latina, se muestra rastrero, yerto y ramplon en la castellana; pues usando de la espresion agudísima de Saavedra, asi como otros se desviven por parecer jóvenes en la ancianidad y aun caduquez, él incurrió en la estravagancia de encasquetarse un pelucon cano, y aparentar vejez en la mocedad.

Nuestros escritorazos, segun la espresion familiar, ó sea nuestros grandes literatos, Arias Montano, Sanchez de las Brozas, Pedro Valencia, Luis Vives, Mariana, Chacon, Sepulveda, etc., etc., se muestran consumados latinos, y aun clásicos en aquel idioma; pero aquellos mismos oráculos, en asomándose al castellano, se apocan y desmayan en términos, que rastreros y áridos se atascan perpetuamente en su yerta y mohosa vulgaridad. Aparécese el Quijote, y su despejo, gala, brio y raudal arrollan la caterva empedernida de nuestros ridículos prosistas, y, como el astro del día, se remonta solo y triunfador por la esfera.

En fin, orillando la alegoría, toma la pluma Cervantes para historiar los desvaríos de su iluso andante, y vacia de improviso la norma, el tipo y el tesoro actual y venidero de la lengua castellana. Ya van dos siglos muy cumplidos, y seguirán probablemente otros muchos, siendo el Quijote, sin anticuarse, el testo solariego, castizo y terminante del idioma; de modo que el preservativo mas eficaz y victorioso contra el torrente emponzoñador del galicismo, es el mismo libro donde se cifra el recreo mas racional, y la enseñanza mas palpable que se puede proporcionar al corazon y al entendimiento.

Ya se han estendido y perpetuado por otras naciones los nombres de Dulcinea por una Clori, ó una querida, de D. Quijote por un quimerista ó desfacedor de agravios; y entre nosotros hay *quijotismo*, *quijotería*, *quijotada*, *quijotear*, el y aun *algos* de Sancho,

con otros mil dichos que se pudieran generalizar. Mas en cuanto al garbo donoso, al embeleso de la locucion, debo observar que los ingleses son amantísimos del Quijote; y segun todas las muestras, á Cervantes debe el célebre Addison el temple halagüeño, la lozania florida y los chispazos festivos que matizan y esmaltan los peregrinos discursos de su decantado Espectador.

Pascal, fundador, como se ha dicho, de la prosa francesa, ajustó á la idéntica pauta el carácter irónico, jocoso y embelesante de su language. Voltaire que tan enormemente, y en mi concepto á sabiendas, se equivocó en cuanto á la originalidad del Quijote, pues lo supone un remedo del Orlando con el cual no tiene un átomo de semejanza; el mismo Voltaire sigue conocidamente sus pisadas y sus arranques, en el giro y traza de la prosa, que por esta razon he llamado en mi Poética, *Cervantina*.

En fin Cervantes llegó á señorearse en tan sumo grado sobre el idioma, que ya se inventa voces, ya les varia la terminacion ó la forma, ya superlativa los verbos, *quisieredisimis*, y se arroja á otras mil travesuras que en él halagan y cautivan, y en cualquiera otro se harian acaso intolerables. Con este predominio, su estilo es fogoso y ejecutivo, cuando otros se espresarian con languidez y frialdad « y si mas te cogiera, mas te doliera » en vez de atarse á la vulgaridad de « si mas te hubiese cogido, mas te doleria, etc. »

Repárese, desde el renglon primero, la suma y perpetua propiedad en la espresion, y sobre todo el temple ya subido, ya medio, ya llano del language, al tenor de los objetos y de las ocurrencias; y usando siempre, como dijimos, las voces mas adecuadas y características, resulta sin embargo infinita novedad en los cuadros. Y este consumado primor le sale al encuentro, se le viene á la pluma, y se presenta, como dicen los escultores, *de un vaciado*, sin esmero, sin ahinco, y estoy por decir, sin noticia del artista.

La Harpe en su Elogio de Fenelon afirma que será imposible señalar los altos del Telémaco, esto es, los momentos en que dejó la pluma, y luego la reasó para continuar su tarea. ¿Quién será el lince ó el zahorí que advierta y apunte las pausas del Quijote? Todo parece que salió exento absolutamente de materialismo, de un solo

bote y sin el ajuar de pluma y tintero, como Minerva armada y perfecta del cerebro de Júpiter.

Narrativa, descripción, diálogo, no se sabe cuál es la parte mas sobresaliente (en punto á los afectos, dirémos luego nuestro dictámen), y seria forzoso verter aquí toda la obra para comprobar, ó testimoniar, nuestra doctrina. Las aventuras llevan por lo mas en su arranque el señorío, la entonacion, el carácter heroico que requiere la empresa caballeresca; pero á lo mejor un incidente acarrea estrañezas absolutamente inesperadas, como el almohadon del vizcaino, que hace prorumpir al Manchego en aquella estravagancia « aunque te escudes con mas almohadas que tuvieron en su linage los Almohavides de Granada, etc. » En la de los leones, se retrata, al desden, la arrogancia despreciadora de fieras « ¡ leoncitos á mí! ; á mí leoncitos y á tales horas! » etc., etc.; en fin acúdase al sobrehumano libro; léase y reléase una y mil veces; apréndase de memoria, y rúmiese de continuo, se palpará que su language, siempre elegante y castizo, y siempre absolutamente intraducible á ningun idioma, es por escelencia adecuado á las situaciones. Advertimos, que no se ha formado aquí artículo peculiar y separado de las que llevan en literatura el dictado de situaciones, tan indispensables y decisivas en la dramática, porque ya van embebidas en las aventuras, de que tan largamente hemos tenido que hablar en este discurso.

Tampoco tenemos ya que pararnos á desentrañar los caracteres, porque esta parte queda ya anteriormente desempeñada; pero debo advertir, que se me trascordó, hablando de las Novelas de Cervantes, manifestar que el Loaisa del Zeloso extremeño es indudablemente el tipo, molde ó turquesa, donde el célebre Richardson vació el carácter completo de maldad rufanesca en su Clarisa, y hasta en el nombre del malvado Lovelace se rastrea el apellido del galan español Loaisa; siendo sobre todo, aunque el uno en miniatura, y el otro en perspectiva teatral, idénticos en la realidad.

Vamos ahora á la enseñanza literaria y moral del Quijote. En cuanto á la primera parte, es de advertir que en aquella época las dos grandes literaturas, inglesa y francesa, estaban todavía por nacer, y en cuanto á la antigua, y la española é italiana se muestra

siempre Cervantes instruidísimo; y esta prenda se hace tanto más de extrañar por la situación desairada y sombría del escritor. Con efecto, en el día además de las bibliotecas públicas, todo literato medianamente conceptuado en Madrid, puede disfrutar á su ensanche las librerías de sus amigos y las de los grandes, que las poseen opulentas y esquisitas, al paso que el Inválido indigente, arrinconado y exánime, careció absolutamente de este auxilio inestimable.

En cuanto á la moral, toda la obra rebosa de la rectitud más inflexible y del pundonor más acendrado, y estos impulsos heroicos se estampan hondamente, hasta con los refranes interminables de Sancho; pero sobre todo, los documentos de su amo para el gobierno, recapitulan en un cuadro admirable, digno del mismo Solón, las sublimidades prácticas embebidas por el contesto de la historia. No faltan cavilosos que imputan al Quijote el efecto imaginario de acobardar y afeminar la nación, antes tan guerrera y formidable.... Mi íntimo amigo Velarde, su digno compañero Daoiz, el inclito D. Mariano Alvarez con sus inmortales ahijados los defensores de Gerona, tan superiores todos á cuanto se ha visto en lo moderno, están á voz de pregon desmintiendo esa calumnia execrable de cobardía y afeminación. Este desvarió corre parejas con los que acerca de nosotros menudean en escritos estrangeros, no siendo de los menos absurdos el de Rousseau, que atribuye á la barbarie insensata de los toros, la conservacion de *cierta* pujanza en la nación española. Sin duda que, además de los sobredichos, mis valerosos zaragozanos, hombres y mugeres, serán todos toreros de profesion.

Volviendo al asunto ¿cuándo hubo sátira que desempeñase tan cabal y colmadamente su objeto, y consiguiese en tan sumo grado su intento importantísimo? Antes de tomar la pluma Cervantes, se desalaban todos por los devaneos caballerescos; recién publicada su obra, quedaron ya sepultados en el olvido, y solo escitan acaso la curiosidad como trofeos del invicto triunfador.

Los remedos estrangeros, más ó menos serviles, como el Tom Jones de Fielding, el Hudibras de Buttler, y hasta cierto punto las Dunciadas de Pope y otras, las Sátiras en prosa del médico alemán Rabener, los pasos copiados en Wieland, como el de las cabrillas de Sancho, toda esta *sierva grey de imitadores*, como la llama Hora-

cio, cifra su jovialidad en recargar y contraponer violenta y desmedidamente cuadros, personajes y situaciones, y demuestran que el donaire acendrado, legitimo, finísimo, trascendental é infinitamente superior al ático, jamas habitó las orillas del Támesis, del Danubio ú del Arno, y asomó solo por el teatro, y á ráfagas, en las del Sena, cabiendo vinculada y privativamente al inmortal Ingenio del Henares.

Adviértase de paso, que de dos siglos á esta parte no cesa de diluviar por Francia, Inglaterra y Alemania un piélago de novelones, que á manera de troncos y despojos en una riada del Ebro, asoman y van de largo sin rescate, ó variando la metáfora, despues de relampaguear y deslumbrar un tantillo, desaparecen para siempre, y entre tanto el Quijote se está señoreando mas y mas por cada dia, como el Pico de Tenerife en el océano; ó volviendo al símil de arriba, como el astro soberano del firmamento, entre los metéoros ó exhalaciones que asoman fugitivamente por la esfera. Este astro adolece, sin embargo, de lunares, ó sean manchas, como lo vamos á manifestar con nuestra ingenuidad característica.

Sabido es que Cervantes, desde su tierna mocedad, aspiró ansiosamente á merecer el dictado de poeta, mas por su desgracia, apenas pudo hollar á traspieses las ínfimas faldas del Parnaso. Sus versos por lo mas desfallecen, destituidos de afectos, de gala y de cadencia métrica, tanto que la escasa parte poética del Quijote, aunque parezca un desacato, una profanacion á nuestra Divinidad, se aparece, sin escepcion, absolutamente despreciable.

Contra esta conclusion, por desgracia tan obvia y tan decisiva, los alemanes, siempre cavilosos y estravagantes, haciendo gran causal de una mera y ridicula cuestion de *voz*, se atienen á lo material de la etimología, ú origen de aquella denominacion, y de consiguiente (significando en griego, Hacedor, Creador ó Formador) colocan á Cervantes en la cumbre de la poesia; pero conformándonos aquí con la acepcion ya establecida y universal en Europa de la calificacion de *poeta* que equivale á *versista á todas luces eminente*, repetimos de nuevo, que Cervantes era tan consumado *prosista*, como vulgarísimo coplero.

Continuando ahora nuestra critica, los episodios estan general-

mente recargados de hipérbolos, y huelgan en gran parte por inco nexos con la acción principal; desacierto nacido en el autor por falta de conocimiento de sí mismo, ignorando, como ya se dijo hablando del teatro, el tesoro que depositaba en su interior; pues lo que allí se apetece, lo que se paladea por excelencia, es el diálogo de los dos héroes, quienes se desea que hablen ú obren siempre, sin extravíos ni parches de personajes advenedizos é insensibles para el embeleso y complemento de la fábula.

Adviértase, que no confundimos en clase de episodio el gobierno de Sancho, antes bien aquella separación de los actores, teniendo la historia que acudir alternativamente ya al uno ya al otro, proporciona, á su modo, realce y magnificencia á la empresa caballeresca, y sirve de pábulo al interés y de variedad á los matices del cuadro.

Las artes todas deben á la verdad retratar la naturaleza, mas no en su tosquedad comunísima, sino en cierta forma selecta y perfeccionada; y á veces las espresiones de nuestros personajes, aunque bien apropiadas y en extremo *naturales*, no son debidamente *decorosas*, como se ve en el diálogo de los escuderos, encareciendo con exclamaciones descomedidas la excelencia del vino, y en algunos otros, aunque poquísimos, pasos. También D. Quijote se empena tal cual vez en rectificar las impropiedades ó barbarismos de Sancho; pero no incurriendo este, antes ni después, en tales desbarros, parece una inconsecuencia, tanto la corrección como el yerro que la motiva.

En el estilo, aunque siempre por esencia flúido y castizo, hay á veces, en cuanto á la forma gramatical de las cláusulas, harto desaliño y casi abandono, y sobre este punto el *hueco* Solís suele hacer notables ventajas al *naturalísimo* Cervantes. Hay también pasos difusos ó cansados, efecto de esta misma facilidad, raudal ó atropellamiento en el acto de la composición. Mas no se entienda que intentamos tildar los arcaísmos, ó sea el lenguaje anticuado del héroe (mas intraducible que todo á ningún otro idioma) « el ferido de punta de ausencia » etc., particularidad y gracejo, manejado siempre con tino y discreta sobriedad por el autor. En los actos caballerescos, cuales son, trances guerreros, carta á Dulcinea, amagos

arrogantes, etc., el habla es del tiempo y de la hinchazon de Suero de Quiñones y su comparsa lidiadora; mas en tratándose de asuntos civiles ó literarios, su castellano es moderno, galano, brillante y perfecto, como lo acreditan palpablemente la contestacion y rechazo completo al insulto del fraile en casa del Duque; el parangon ó razonamiento elocuentísimo sobre las armas y las letras, etc. Melendez no se hizo cargo de esta total diferencia, cuando en sus yertas *Bodas* recargó tanto de arcaísmos el papel del héroe, y donde la misma suavidad monotoná de los versos redundá, así para la lectura como para la representacion, en mayor fatiga y empalago.

En las aventuras ya se tachó de inverosímil la de los molinos, y de impropia en el acto de la embestida y de la ejecucion, la de los rebaños. Añadirémos ahora la llamada *cerdosa*, pues además de la ninguna probabilidad de que una piara arrolle y vuelque sin recurso los cuatro vivientes aventureros, tampoco resulta de aquel atropellamiento efecto alguno que dé á la historia novedad, gracia ó adorno; mas no estoy con Rios, en cuanto á la calificacion que hace del gateamiento en casa del Duque.

El objeto trascendental de hacer odiosísimos á los altos señores, que suelen sacrificar á sus caprichosos deportes cuantos allegados les rinden homenaje, está en la misma obra de manifiesto con estas espresiones: « y dice mas Cide Hamete, que no eran menos tontos los que tanto ahinco ponian en mofarse de dos tontos. » Bajo este antecedente, la citada aventura es uno de los muchos pasos que los retratan al vivo y « cuadra á las mil lindezas » ó sirve de tercio en el conjunto de la decoracion teatral.

A pesar de estas quiebras é imperfecciones que no hemos tratado de encubrir ó sobredorar, el contesto del Quijote brilla dotado de tan cabal é intensa ilusion, que hasta los lectores de suyo casi yertos y empedernidos, se apasionan en extremo por el héroe, y se conduelen entrañablemente de su tristísimo fallecimiento. Su contenido encarna y se estampa sin contraste en el interior; y de mí sé decir que hace mas de 25 años no lo he abierto, sino para hojear alguna edicion castellana y muchas extranjeras, pero sin leer un capítulo entero, y por lo mas ni una página, y sin embargo no temo

haber incurrido en yerro ú equivocacion alguna sustancial, en las citas y en el órden que manifiesta el presente Discurso.

En comprobacion de este embeleso sin igual, en mi mano estuiera enramar largas páginas con autoridades eminentes, en especial inglesas y alemanas, que demuestran el estremado entusiasmo y casi adoracion que merece universalmente la obra en las naciones estrañas, á pesar de la imposibilidad insuperable de situarse al debido alcance de los modismos, chistes y primores castellanos. En el solo año de 26, hallándome yo en Francia, salieron á luz tres nuevas traducciones, defectuosísimas todas; pero que en el ahinco de su competencia demuestran el sumo aprecio que profesan al objeto de sus tareas.

En medio de este redoblado aplauso, y de esta aclamacion universal, no han faltado etíopes blasfemos contra el radiante luminar del día, quiero decir, detractores ó despreciadores del Quijote; pero ¿cuántos, y quiénes?... un menguado, un idiota nombrado el Setabiense, y otros cuatro ú seis insectillos invisibles, de calaña idéntica, ó si cabe, todavía inferior.

El desamar el Quijote arguye, no tan solo idiotiez empedernida, sino una especie de lisiadura intelectual, una nulidad fisica, un desconcierto de organizacion, como el no gustar de los manjares de suyo mas gratos y saludables, y el desestimar la poesia, la música, la pintura y las demas artes eminentes, que son el distintivo, el loor y el embeleso de la existencia humana.

Sintiera en el alma que mis idolatradas heldades empañaran sus esclarecidos atributos con el borron enorme, con la horrenda torpeza de mostrarse desafectas ó tibias á las divinidades del Quijote. Corramos la cortina, y no tratemos de internarnos á deslindar causas, razones, temple y alcance peculiar de cada sexo en la sensibilidad y el discernimiento, pues engolfándonos en tan enmarañadas honduras, nos cuadraria aquello del mismo Quijote « Metafisico estais, etc. »

Insistimos en que el embeleso del Quijote se aventaja en grandísimos quilates al de cuantas novelas se han aparecido en el orbe, mas reconocemos que esta magia tan sublime para la lectura, no trasciende á la gerarquía del teatro. La dramática requiere otra ilusion

mas inmediata y casi palpable, y sus objetos han de ser siempre teatrales, mas al mismo tiempo naturalisimos, sin personajes maníaticos hasta el extremo de rayar ó equivocarse con la absoluta demencia, ó locura rematada, la cual causa repugnancia ó escita una compasion incómoda, sin ímpetus de risa, ni mucho menos halagos de deleite; por tanto, aunque á la verdad el drama ya citado del dulcísimo Melendez pudiera ser menos yerto y monotono, está visto que D. Quijote no es personage teatral; y cuantos ensayos se han intentado, asi en España como fuera, sobre este asunto, han naufragado completa y lastimosamente. Dejemos pues nuestros héroes manchegos á la distancia en que los puso el gran Cervantes, porque allí y en ninguna otra parte se hallan en su verdadero punto de perspectiva.

Despues de pasearnos tan ancha y complidamente por los floridos pensiles de la amenidad, sombreemos el retablo, y demos, por via de contraposicion y de resalto, una tristísima asomada á los pedregosos eriales de la aridez y de la barbarie. Hablemos un tantillo del tordesillesco.

Vivia yo en Zaragoza, y en su calle principal del Coso, con un amigo, el cual dijo que tenia el Avellaneda, y escitada nuestra curiosidad con esta especie, fui en seguida por él, á las espaldas de un estante, donde yacia en profundo y legítimo olvido. Por una casualidad estrañisima, abrí el libro en un paso relativo al idéntico sitio donde nos hallabamos, circunstancia inesperada que debia hacerlo un tanto mas interesante. Se suponía un torneo, y al pasar por delante de casa del Conde de Sástago, frente á la cual era la lectura, D. Quijote tartamudeaba un requiebro, ni tierno, ni agudo, ni caballeresco, sino absolutamente sandio y mohoso, á una mozueta que le correspondia con un desafortado *ventanazo*; y en vista de tamaño insulto, prorumpia Sancho: « si agarro por aquí un medio ladrillo, yo le enseñaré de modos á esa *pazpuerca* ».... este es un idiota, exclamé, que trastrueca los estilos, y equivoca el language rastrero y soez con el sencillo y natural; y corrí con aprobacion y aplauso de todos los concurrentes, á reempezar en su rincon lóbrego y telarañento á tan desmañado usurpador de nombradías incontrastables.

Volvamos á Cervantes. Constando que en el mismo año de 605 en que salió á luz la primera parte del Quijote, se hicieron ya de ella por lo menos cuatro ediciones, no se alcanza la precision ú oportunidad de estimular su lectura y aprecio con un folleto intitulado el *Buscapié*, de cuya existencia se ha dudado, pero sin razon, puesto que un corresponsal de Rios, llamado Ruiz-Diaz, sugeto al parecer fidedigno, asegura haberlo leído, y da alguna noticia, aunque somera, de lo sustancial, encaminado á descorrer el velo de algunas alusiones, y puntualizar señas de personajes disfrazados, protestando ser su objeto capital desterrar los libros caballerescos, cual ya lo espresó en el prólogo y en el contesto de la obra.

El mencionado Ruiz-Diaz cita el ejemplar, como perteneciente á la librería de los Condes de Saceda. Precisamente el Conde actual es uno de mis mas íntimos amigos, y he habitado meses el palacio suntuoso de su remedo de Aránjuez, el Nuevo Bastan. Con este motivo y teniéndole todo absolutamente á mi disposicion, registré y revolvi muy de intento la librería, y ni en aquella ni en la de Madrid, ni en sus respectivos índices antiguos ni modernos, asoma el mas leve rastro de existir, ó haber existido allí en ningun tiempo el presupuesto *Buscapié*; no siendo de imaginar tampoco, que algun usurpador ó arrebatador, á fin de apropiarse á su salvo esta alhaja, tuviese lugar y proporcion para formar nuevos índices, omitiendo este artículo, pues no hay enmiendas ni borrones en los existentes.

Este hecho seguramente no anonada el testimonio del citado Ruiz, mas está muy lejos de corroborarlo, y si por trascuerto equivocó la librería depositaria del manuscrito, esta ligereza infunde ya desconfianza acerca de su hallazgo y lectura. En fin, confieso que no acierto á fijar mi opinion sobre este punto de cortísima trascendencia.

Dejamos á nuestro héroe envilecido con el ejercicio, tan impropio para su esclarecido númen, de acosar y desangrar á los exhaustos pueblos, esprimiéndoles hasta el postrer maravedí. Los historiadores ó biógrafos, de Cervantes han desenterrado afanosamente, con fecha de Velez-Málaga, un documento que, á la verdad, no es para dar realce á la nombradía de su autor. La carta va dirigida, no á magnate ni á ministro, sino al mismo rey Felipe II (quien solía

trasnochar hasta la madrugada con sus escribientes, mas bien que secretarios) en persona, y su contenido es tan sumamente mezquino en lo sustancial y en el modo, esto es, en el dictado y en la ortografía, que no hay ahora oficinista, ni apenas fiel-de-fechos de la mas infeliz aldea, que para un alcaldillo ú autoridad muy subalterna, no lo estendiese con mas decoro y regularidad. En suma, el Cervantes del Quijote dista de polo á polo del que se aparece como cobrador angustiado y corresponsal de todo un monarca, del primer soberano de Europa en aquel ruidosisimo siglo.

Como quiera, el chapuz parece *autógrafo*, como retratado al vivo, y con la mas esmerada identidad, por el método que moderna y barbaramente se llama un *fac-simile*; y siendo realmente tan ridiculo aborto del autor del Quijote, del primer ingenio del orbe, deberémos decir dolorosamente, no que se adormeci6, sino que se eclips6 y se anonad6 por entonces, el divino Homero.

En el discurso de sus cobranzas, solian sobrevenirle alcances y encarcelamientos, ignorándose de qué especie fuera el dilatado de cinco años en Argamasilla; pues la tradicion constante que lo supone en las casas de Medrano del mismo pueblo, no especifica los motivos y circunstancias de tan memorable acaecimiento. Este concepto general, fundado en la manifestacion terminante del paciente mismo, se confirma por las denominaciones del *monicongo* y demas apellidos estrafañarios de los académicos *argamasillescos*, y con varias alusiones al fracaso; mas siempre nos deja absolutamente á oscuras en cuanto al pormenor que tan ansiosamente nos interesa.

Otra prision padeci6 en Valladolid de aspecto mas desairado todavia, y que sus apasionados pasan de largo con displicencia; pues manifiesta mas y mas la situacion agoviada y deplorable en que consumia inútil y amargamente sus años, ya maduros y achacos6s.

Por fin, tras tantas y tan infructuosas correrias, avecind6se en Madrid, viviendo en la calle de Francos, esquina á la del Leon, acosado siempre de su *turpis egestas*, del fiero y mortal desamparo. Ya un sandio librero, llamado Villaroel, le estrellaba en su rostro el crudisimo desengaño de que, se podia esperar *algo* de su prosa, mas de sus versos *nada*; ya el satirico y adulador Villegas le apodaba de mal poeta y de *quijotista*, intentando á ciegas ridiculizarle